

de abadías: San Pedro, Santa Teresa, San Jacobo, San Pablo. Al Norte, á poca distancia de la ciudad, extendiase el parque de Mirabello cercado de altas y sólidas murallas; al Oeste, alzabase la hermosa abadía de San Lanfranco. Milán, ocupado entonces por los franceses, está á 15 millas al Norte de Pavia; Lodi, en donde permanecían los imperiales, á 15 millas al Este.

Habíase encerrado en la plaza un capitán muy hábil y muy enérgico, D. Antonio de Leiva, quien disponía, al comenzar el sitio, de 5.000 lansquenetes, 400 españoles y 200 lanzas, fuerzas que disminuyeron considerablemente á consecuencia del hambre, de las enfermedades y de los combates continuos. Francisco I comenzó el sitio en 28 de octubre, pero el primer ataque intentado contra la ciudad no tuvo éxito; los medios de defensa parecieron tan formidables que los sitiadores vacilaron en intentar otro. Entonces los ingenieros propusieron cerrar con un dique el brazo principal del Tesino, más abajo del puente, en el sitio en que la corriente se bifurca, de manera que pudiera entrarse en Pavia por el lecho del río; pero habiendo sido destruidos los primeros trabajos por una avenida repentina, desistióse de este proyecto. El rey convirtió muy pronto el sitio en bloqueo y pasó los meses de diciembre y enero en una inacción extraña desde el momento en que disponía de 30.000 hombres entre infantes y jinetes. Su campamento formaba un vasto semicírculo al Norte, desde la abadía de San Pedro al Este hasta la de San Lanfranco al Oeste, y era una especie de ciudad improvisada en donde los mercaderes, los vivanderos y las mujeres constituían una aglomeración de 70.000 individuos. Una parte del ejército francés ocupaba el arrabal de la orilla derecha, del que se había apoderado desde comienzos del asedio.

La opinión pública en Italia estaba convencida de que Francisco I necesariamente había de resultar victorioso; así los venecianos entraron en tratos con él en diciembre y el papa algo más tarde. Borbón no veía más medio de salvación que una diversión de Enrique VIII por el Norte de Francia, «tanto más, le escribía, cuanto que el rey y todos los príncipes de Francia junto con los principales capitanes están en el lado de

1525 acá.» A fines de enero de 1525, la situación apenas había variado: en Pavia, los sitiados reducidos á los últimos extremos, pero contenidos por la implacable energía de Leiva; alrededor de la ciudad, el ejército del rey, muy mal pagado y que comenzaba á sufrir, como lo prueba una carta que dice que los más grandes señores se veían «obligados por la necesidad á ir á calentarse en la cocina del monarca.» En Lodi concentrábase el ejército imperial, compuesto ya de 6.000 italianos, 13.000 alemanes, 3.000 españoles, 800 lanzas y más de 1.000 soldados de caballería ligera; pero tampoco estas tropas habían cobrado sueldo desde hacía mucho tiempo porque también Carlos V hallábase sumamente escaso de dinero. Francisco I, por otra parte, había cometido el yerro de destacar un cuerpo de ejército hacia Nápoles, ya sea porque siguiere aspirando á la conquista de este reino, ya porque pensara obligar de esta suerte á los enemigos á distraer una porción de sus fuerzas. «No puede creerse, escribía en 22 de noviembre el embajador florentino, que el rey cristianísimo quiera enviar tropas suyas al reino (de Nápoles); si lo hace, dará gus-

to á estos señores (los imperiales).» Fué, en efecto, una falsa maniobra que debilitó al ejército francés sin engañar á los imperiales.

Reunidos en 20 de enero Borbón, Lannoy y Pescara, decidieron encaminarse á Pavia para hacer levantar el sitio; y, en efecto, el día 24 salieron de Lodi y el 3 de febrero llegaron á una milla de las avanzadas francesas. Dos partidos podía adoptar Francisco I, ó abandonar el sitio, retirándose hacia el Norte, por Binasco, y contando con que el ejército imperial, inactivo y mal pagado, se desmembraría, ó esperar al enemigo en su campamento. Esta última opinión, defendida por Bonivet, fué la que prevaleció, porque el rey se creía muy superior á sus adversarios, en lo cual estaba equivocado, pues su ejército no era tan numeroso como indicaban las listas oficiales; y en su consecuencia limitóse á trasladar la situación de sus tropas del Oeste al Este, á fin de hacer frente á los que venían á su encuentro, y tomó fuertes posiciones hacia Mirabello, ocupando el parque de modo que quedara protegido por las murallas que lo cercaban y por el Vernavola, en cuya orilla izquierda acampaba el enemigo. Tan cerca estaban los dos ejércitos que de uno á otro se oían los gritos y los tamboriles, y así permanecieron durante quince días. La táctica de los imperiales consistió, según parece, en fatigar á los franceses con escaramuzas y en apoderarse poco á poco de los aproches del campamento real, pues tenían la ventaja de poder moverse libremente, al paso que Francisco I se veía obligado á no moverse de los alrededores de Pavia y se encontraba, á su vez, como sitiado entre el ejército de socorro y la plaza. Los franceses hallábanse tan descuidados que, merced á un ataque simulado, Leiva pudo recibir pólvora y dinero y uno de sus capitanes logró, según se dijo, asistir al consejo en que se decidió la batalla.

Casi todos los días había escaramuzas entre los dos ejércitos, y el rey apenas tenía tiempo «de oír misa antes de montar á caballo.» Francisco I se equivocaba creyendo que los enemigos «no querían comer batalla» y haciendo decir á los cantones suizos «que los enemigos han perdido toda esperanza de saber llevar el peso de esta guerra;» un italiano que estaba en el campamento real apreciaba la situación con más justo criterio y hacía observar la imprudencia y la temeridad de los franceses.

Ocurrieron por aquel entonces una porción de episodios desagradables para Francisco I: habiendo sido Chiavenna tomada por las tropas imperiales que operaban en el valle del Adda, los suizos retiraron del ejército francés á 6.000 grisonos; en San Lanfranco fueron poco menos que aniquilados 2.000 valaisenses; 2.000 italianos que habían sido llamados de Savona, fueron dispersados antes de llegar al campamento; y, por último, el condotiero Juan de Médicis, herido en una rodilla por una bala de arcabuz, hubo de abandonar el ejército, y como era uno de los jefes más hábiles y más populares, una parte de sus soldados, unos 3.000 aproximadamente, se desbandaron. A pesar de todo, el campamento real, fortificado casi por todas partes, parecía inexpugnable; pero los jefes franceses, fiados en que las altas murallas del parque Mirabello lo ponían al abrigo de un ataque, habían destinado á su ocupación un número muy reducido de tropas.

El día 23 de febrero, después de celebrar un consejo de guerra, Lannoy, Pescara y Borbón resolvieron dar la batalla para atacar de flanco la posición, establecerse en Mirabello y hacer levantar el bloqueo de Pavia invadiendo el campamento francés por el Oeste (1). En la noche del 24 al 25, los imperiales destacaron tropas que abrieron brecha por tres puntos en las murallas del parque: los soldados llevaban camisas blancas para reconocerse y marcharon en orden perfecto y en silencio; y al despuntar el día el ejército imperial penetró en el parque por las brechas. La artillería francesa causó, al principio, grandes estragos entre las tropas de Pescara que habían de desfilarse por delante de ella; pero poco á poco el ejército español se fué concentrando y se aproximó al campamento real.

Entonces Francisco I, abandonando su posición, dispuso su ejército delante de los atrincheramientos colocando á la vanguardia los hombres de armas mandados por él; al flanco de éstos, mercenarios alemanes; á retaguardia, al duque de Alenzón, y más atrás, en observación, á La Palice. El rey se arrojó sobre el enemigo, ocultando su artillería, pero lo hizo tan precipitadamente que sus infantes no pudieron seguirle, así es que después de haber arrollado cuanto encontraba á su paso hallóse solo y con su gendarmería diezmada por los arcabuceros que Pescara había mezclado con sus jinetes. Los soldados de á pie, atacados aparte, sucumbieron después de una lucha enérgica; los suizos se batieron mal y se desbandaron, en el mismo momento en que Leiva salía de Pavia y se lanzaba sobre el campamento, mientras el duque de Alenzón abandonaba el campo de batalla (2).

Desde aquel instante el combate degeneró en una serie de luchas individuales. Francisco I habíase quedado solo con sus amigos (3) y los gentilhombres de su casa, casi todos los cuales perecieron ó fueron hechos prisioneros á su lado; rodeado de guerreros españoles, alemanes é italianos, defendíase heroicamente y, aunque herido en un brazo, tenía á raya con su terrible espada á los que le atacaban. Negóse á rendirse á un gentil-hombre del séquito de Borbón que le había reconocido y no se entregó sino á Lannoy, quien llegó á tiempo para salvarle, pues los soldados estrechaban cada vez más el círculo que formaban á su alrededor y tal furor

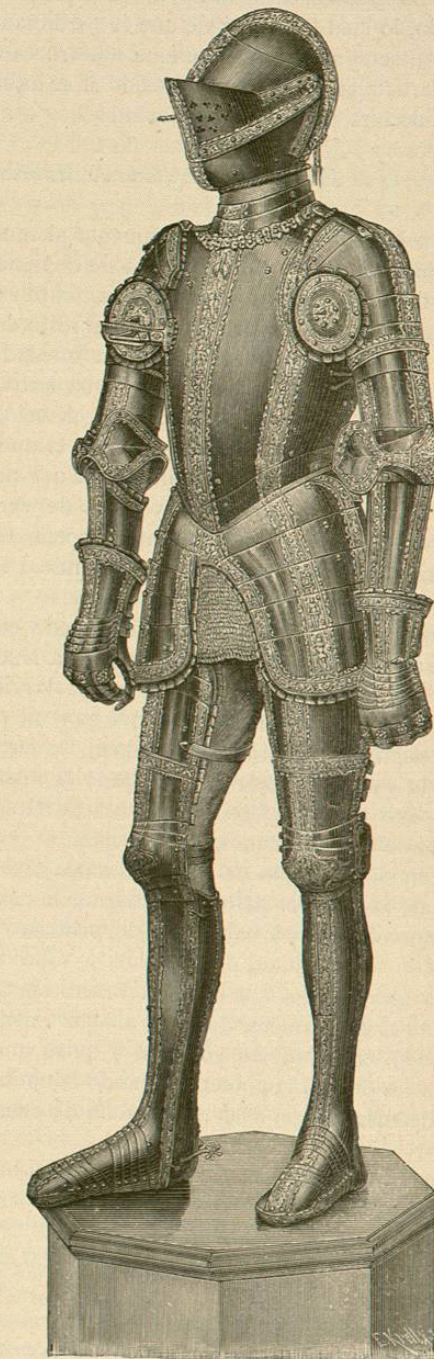
(1) Acerca de la batalla véase Höbler, *Die Schlacht bei Pavia* (en *Forschungen zur deutschen Geschichte*, tomo XXV, 1885); hay en esta obra una bibliografía completa. Según este autor, «es imposible darse cuenta estratégicamente de la batalla; sin embargo, en nuestro concepto, puede apreciarse el pensamiento de los imperiales en sus grandes líneas, y sobre todo se puede seguir el desarrollo de su marcha preliminar de Lodi á Pavia y de su plan habilísimo para encerrar á Francisco I antes de combatir contra él. Este es casi el hecho capital.

En cuanto á la batalla propiamente dicha, la resumiremos en los siguientes términos: los imperiales, mediante una marcha de flanco, atacan y ocupan el parque, fuera del campamento; Francisco I, sorprendido, comete la doble falta de no salir de su campamento para batirlos cuando entran en el parque en columnas diseminadas, y de salir de él después, cuando están ya casi concentrados y cuando habría sido preciso esperarles detrás de los atrincheramientos.

(2) Algunos pretenden, sin embargo, que por un momento trató de socorrer al rey. Duval, *Marguerite d'Angoulême et Charles d'Alençon*. «Pos. des thèses de l'Ec. des Chartes,» 1901.

(3) Hober dice que por un momento intentó ganar el Tesino.

demonstraban por apoderarse de él y con tanto empeño se lo disputaban, que de fijo no le habrían dejado con vida. Antes del mediodía había terminado la batalla, en la que perecieron, según se dijo, de 6 á 8.000 franceses, entre ellos los principales señores, unos, como



Armadura de gala de Carlos V. (Museo de Artillería de Viena.)

La Palice y La Tremoille, que eran los últimos sobrevivientes de las guerras de Italia; otros, como Bonivet, Lescún y el bastardo de Saboya, que casi habían hecho sus primeras armas con el propio Francisco I. La llanura quedó cubierta de sangre durante algunos días; los españoles habían demostrado una crueldad fría haciendo muchos más muertos que prisioneros (4).

(4) Séanos permitido suavizar un tanto este concepto del autor, citando las palabras de un historiador inglés que menciona D. Modesto Lafuente en su *Historia de España* (parte III, li-



Hay muchos testimonios que concuerdan en hacer constar que la batalla había sido dirigida al azar por los franceses: «Los franceses perdieron la cabeza cuando cesó su artillería,» escribía un italiano. Posteriormente Montluc emitirá el siguiente juicio: «Diré solamente que no fué bien dirigida en muchos puntos de nuestro lado, lo cual fué causa de que se perdieran los que cumplían con su deber. Y aunque nuestro campo era débil, la batalla no se habría perdido si se hubiese combatido de otro modo que se combatió.»

V.—*Cautiverio de Francisco I y tratado de Madrid* (1)

Francisco I fué conducido primeramente al monasterio de San Pablo y luego á la fortaleza de Pizzighetto, desde donde escribió á su madre la célebre carta:

«Señora, para haceros saber cómo está el resto de mi infortunio, de todas las cosas sólo me han quedado el honor y la vida que está salva. Y como en vuestra adversidad esta noticia os servirá de algún consuelo, he pedido que me dejen escribir esta carta, lo que me ha sido fácilmente concedido; suplicándoos que no os dejéis llevar de la desesperación y uséis de vuestra acostumbrada prudencia; porque tengo esperanza de que Dios no me abandonará, y os recomiendo á vuestros nietos y á mis hijos...»

«Monseñor, le contestó su madre, no puedo empezar esta carta de mejor modo que alabando á Nuestro Señor por haberse servido salvaros el honor, la vida y la salud... y os aseguro, monseñor, que por mi parte sostendré, según vuestra intención y deseo, la fortuna, de tal suerte que en lo tocante al cuidado de vuestros hijos pequeños y de los negocios de vuestro reino, no daré ocasión á que aumente vuestra pena.»

El rey, en su turbación sin duda, se había olvidado de hablar de los asuntos del reino. Caído de la cúspide de gloria adonde se creía haber llegado, sentíase como desamparado, sin voluntad determinada y, sobre todo, preocupado por sí mismo. Su madre, en medio de aquellas terribles circunstancias, desplegó mucha energía y habilidad (2): encontrábase en Lyon y quiso que allí continuara residiendo el gobierno; mandó adoptar medidas de defensa y pagar á las tropas, á fin de evitar los

bro I, capítulo X): «Jamás llegaron á las manos dos ejércitos con mayor furor; jamás se vieron soldados tan animados por la rivalidad, por antipatía personal, por odio y por cuantas pasiones son capaces de llevar el valor hasta su mayor grado. Por una parte se veía á un joven soberano valeroso y joven apoyado por una nobleza generosa, seguido de súbditos cuyo ímpetu crecía por la indignación que les causaba una resistencia tan constante y que peleaban por el triunfo y por el honor. Por otra un ejército mejor disciplinado, dirigido por más expertos generales, que luchaba por necesidad con aquella rabia que la desesperación inspira.» De estas palabras se desprende que ambos ejércitos combatieron con igual encarnizamiento, pudiendo además servir de circunstancia atenuante á los imperiales la situación apuradísima en que se encontraban antes de la batalla. «La escasez en el campo de los españoles llegó á ser tal, que no sólo faltaba al soldado lo indispensable para el sustento de la vida, sino que no había de dónde ni por dónde pudiera venirles, y en vano se destacaban gruesas partidas á buscar qué comer, pues volvían desfallecidos sin encontrar ningún género de vianda.» — (N. del T.).

(1) Añadanse á las obras citadas en la pág. 265: Gachard, *Captivité de François I* (en «Etudes et not. histor. concernant l'histoire des Pays-Bas.» tomo I, 1890.

(2) Véase acerca de ella págs. 163 y 164.

desórdenes, y en todas partes se dejó sentir su mano firme y un tanto dura. Como después de la batalla cesaron de hecho las hostilidades, la inacción de Carlos V y de sus aliados no tardó en tranquilizar á los franceses, quienes muy pronto comprendieron que todo se resolvería por medio de negociaciones; pero ¿á qué precio se alcanzarían la paz y la libertad del rey?

La regente hizo perfectamente cargo de que el éxito brillante conseguido por Carlos más bien debía almar que satisfacer á sus propios aliados; y creyéndolo así, al mismo tiempo que entablaba negociaciones con el emperador, trabajaba en Inglaterra y en Italia.

La solución era sencilla en el concepto de Francisco I, quien terminaba así una carta dirigida á Carlos V: «Si os pluguiere tener esa honrada piedad de procurar el rescate que merece la prisión de un rey de Francia á quien se quiere hacer amigo y no desesperado, podéis estar seguro de hacer una adquisición en vez de un prisionero inútil y de hacer para siempre de un rey un esclavo vuestro.» Durante mucho tiempo acarició la ilusión de que le tratarían como á un vencido en un torneo y de que podría exigir de Carlos, «en nombre de la virtud,» que renunciara á sus intereses políticos; pero el emperador, que miraba las cosas desde un punto de vista más positivo, y que al hacerlo así estaba en su derecho, contestó á aquélla y á otras cartas diciendo que esperaba proposiciones de paz razonables.

No estaba, sin embargo, bien decidido acerca de la conducta que había de seguir, y sus allegados temían evidentemente sus vacilaciones ó sus escrúpulos. Así se desprende de algunas cartas del tenor siguiente: «Señor, le escribía de Lannoy, supongo que os acordaréis de que el Sr. de Bersele decía que Dios envía á los hombres en su vida un buen agosto y que si se le deja pasar sin recogerlo se corre el riesgo de no volver á encontrarlo nunca más.» «Si yo fuese bastante sabio para saber aconsejaros, escribíale á su vez Fernando, pareceme que no convendría desperdiciar esta oportunidad, antes al contrario sería preciso continuar vuestra buena fortuna y hacer de modo que ni dicho rey de Francia ni sus sucesores pudieran perjudicaros á vos y á los vuestros.»

Carlos, en efecto, vacilaba. Pensaba sinceramente en asegurar la paz á la cristiandad y proseguir los proyectos de cruzada: «Veó que no sabré á qué dedicarme, como no sea contra los infieles; siempre ha sido esta mi voluntad y no lo es menos en la hora presente;» pero luego se daba cuenta de que su situación, por buena que pareciese, ofrecía no pocas dificultades. Algunos habían aconsejado, después de la victoria, una triple invasión en Francia: del virrey de Nápoles y del condestable de Borbón por la Provenza, de Fernando por la Borgoña y de Enrique VIII por la Picardía. Mas el rey de Inglaterra, después de haber propuesto un plan de desmembración del reino, habíase mostrado muy poco dispuesto á obrar. Por otra parte, ni la victoria, ni siquiera el botín habían enriquecido al emperador; el ejército de Italia no siempre recibía sus pagas y en 20 de abril todavía no habían sido pagados enteramente los soldados, quienes amenazaban con amotinarse.

En la misma Alemania encontraba siempre Carlos grandes dificultades. Durante la campaña de Italia,

Francisco I había mantenido inteligencias con el rey de Bohemia, con el duque Ulrico de Wurtemberg y con una porción de príncipes, habiéndose encontrado en los bagajes del monarca algunas cartas comprometedoras de los mismos. Ciertamente que la derrota de Pavia había dado por resultado la paralización de los proyectos de los opositoristas; pero el peligro más grave procedía de los reformadores y sobre todo de los aldeanos que desde el mes de julio de 1524 estaban en plena rebelión. «Todo lo que en otro tiempo había estado arriba habíase venido recientemente abajo.» Su hermano Fernando le escribía: «Los asuntos de Lutero están tan avanzados en mal, que en el imperio no hay otra cosa, y no sólo en las ciudades, sino también en el pueblo común de los aldeanos, los cuales se han levantado y reunido en número de diez y veinte mil juntos... con lo que podéis considerar, monseñor, si tengo motivos para permanecer en Alemania y si he tenido bastantes trabajos.» Y aunque la rebelión de los aldeanos quedó herida de muerte en 15 de mayo á consecuencia de la victoria alcanzada por los príncipes en Frankenhäusen, no por esto dejó Alemania de continuar en estado de convulsión durante todo el año 1525. Por otra parte, los turcos se presentaban tan amenazadores en el Este, que había sido menester enviar contra ellos una parte de las tropas que Carlos pensaba emplear en Italia.

La victoria de Pavia, dice Guicciardini, no sólo había alarmado á los príncipes italianos cuyo poderío era poco considerable, sino que además causó gran inquietud al papa y á los venecianos. Clemente VII carecía en absoluto de tropas y de dinero, y sus territorios veíanse desgarrados por las facciones de los güelfos y de los gibelinos, la segunda de las cuales habíase mostrado siempre inclinada á los emperadores.»

El papa Clemente VII poseía ciertamente algunas de las cualidades necesarias para moverse en medio de las dificultades de la política de la época, pero en cambio no tenía ninguna de las que habría necesitado para dirigirla: se le reconocían la severidad en las costumbres, el saber y hasta la elocuencia, mas «cuando había de adoptar un partido divagaba en infinitas irresoluciones; y cuando, después de adoptar uno, se trataba de ejecutarlo, la menor observación, el más pequeño obstáculo, volvían á sumirle en las mismas incertidumbres.» Bastante perspicaz para darse cuenta de los peligros que corría entre Carlos V y Francisco I, no vió más que un medio de evitarlos y fué inclinarse tan pronto al uno como al otro; pero, obrando de este modo, parecía que engañaba á los dos, lo que, naturalmente, resultaba para él muy desventajoso.

Carlos trató primeramente de pacificar la Italia y sus generales entraron en tratos con el papa, con Florencia y con los pequeños Estados, que reconocieron una especie de protectorado imperial y dieron ó prestaron dinero; el Milanesado continuó en poder de Sforza. Florencia pagó 100.000 ducados; Sforza prometió igual suma y el duque de Ferrara prestó 50.000; mas cuando los italianos vieron que las negociaciones del emperador con Francisco I se prolongaban y que Francia entraba en relaciones con Inglaterra, comenzaron á reservarse. En el Norte de la Península, en donde parecían haberse establecido permanentemente, las tropas imperiales cometían toda suerte de excesos.

En el Milanesado, Sforza, vigilado muy de cerca, temía que le quitaran el ducado y aun que se apoderasen de su persona. Tenía á su lado un personaje atrevido y emprendedor, el canciller Morone, entendido en los negocios, hombre de muchos recursos, ambicioso, heroico y bribón, en quien se mezclaban, como en tantos compatriotas suyos deformados por la dominación extranjera, elevados sentimientos de patriotismo y bajas pasiones. Morone y los italianos creyeron por un momento poder contar con uno de los generales de Carlos V, el mismo vencedor de Pavia, Pescara, que se lamentaba de verse postergado á Lannoy; pero Pescara, que en un principio se había puesto de acuerdo con Morone para acometer la empresa de libertar á Italia, le hizo traición, denunció el complot á Carlos, apoderóse de aquél é impuso las más duras condiciones á Sforza (1). El papa entró en tratos, en diciembre, con el emperador, quien necesitaba de él para obtener una dispensa de matrimonio con Isabel de Portugal, cuya dote era de 900.000 ducados, de los cuales habían de deducirse 400.000 á cuenta de las sumas enormes que el rey de Portugal le había prestado. Una vez más pudo ser contenida Italia; pero continuó ardiendo interiormente en cólera (octubre) y de ello se aprovechó la reina madre de Francia para entablar negociaciones con el papa, con Venecia y con la mayoría de los Estados y asegurarse por lo menos su concurso moral.

Pero la nación que más había de vigilar Carlos era Inglaterra, pues si bien Enrique VIII se había declarado en 1523 formalmente contra Francia, la regente y el rey no habían cesado de mantener relaciones con él y de hacerle algunas insinuaciones para atraérselo, y aun en vísperas de la batalla de Pavia seguíanse entre uno y otros negociaciones bastante misteriosas. Sin embargo, cuando se recibió en Londres, en 9 de marzo, la noticia de la victoria imperial, el rey «lloró de alegría,» hubo iluminaciones en aquella capital y Enrique VIII no hablaba más que de invadir Francia y repartírsela con Carlos. Mas no habló de ello mucho tiempo, porque seguía temiendo la preponderancia del emperador en Europa ó su unión demasiado estrecha con Francisco I, unión en la que pensaban algunos consejeros del monarca español; y sus temores aumentaron cuando el rey de Francia fué trasladado á España (2). «Pluguiese á Dios, decía efectivamente de Praet, uno de los embajadores de Carlos, que Su Majestad (imperial) y el enemigo común (Francisco) estuvieran tan bien aconsejados que pudieran unirse, y puesto que Dios no quiere que uno solo sea el monarca de la cristiandad, por lo menos que ambos juntos la gobernasen.»

(1) Según D. Modesto Lafuente (*Historia de España*, parte III, lib. I, cap. XII), no llegó á consumarse la inteligencia entre Morone y Pescara, el cual denunció al emperador lo que contra él se tramaba antes de aceptar definitivamente las proposiciones del canciller. A pesar de esto, la conducta de Pescara en aquella ocasión ha merecido del citado historiador español las más enérgicas censuras: «La conducta de Pescara en este negocio, dice, no puede ser aplaudida por ningún hombre honrado, cuanto más ensalzada hasta el cielo (como había hecho en su historia el obispo Sandoval), porque en ningún tiempo es virtud emplear el dolo y la traición para perder á aquellos mismos de quienes se finge ser amigo y aliado, ni una tentación de deslealtad se puede lavar con una deslealtad efectiva.» — (N. del T.).

(2) Véase la página siguiente.



La regente supo explotar con mucha habilidad estas circunstancias. El 27 de julio sus enviados conferenciaron con el cardenal Wolsey, conviniendo en que el rey de Inglaterra recibiría dos millones de escudos de oro de corona pagaderos en anualidades de 100.000, y una vez pagados los dos millones seguiría recibiendo 100.000 escudos anuales. Wolsey obtuvo 100.000 escudos, además de 30.000 que se le debían; no era mal corretaje. Entre ambos reinos había de pactarse una liga defensiva. Firmóse el tratado en Moore en 11 de agosto; en 30 se cambiaron las firmas y en 6 de septiembre se proclamó la paz, una de cuyas condiciones era que Enrique VIII «emplearía amistosamente todos sus esfuerzos cerca de su queridísimo hermano y primo, el emperador, en pro de la libertad del rey cristianísimo, en condiciones honrosas y razonables.» Una vez convenidas las condiciones generales, discutiéronse durante algunos días los detalles de ejecución y sobre todo las ratificaciones, respecto de las cuales mostráronse los ingleses muy exigentes. Querían éstos que el tratado definitivo fuese ratificado por la reina madre, por el rey, en cuanto estuviera libre, y por los Estados de Normandía y de Languedoc y que un cierto número de ciudades se comprometieran, «por obligación aparte, á hacer aceptar al rey el contenido de los tratados» y á garantizar el pago de los dos millones. Después de esto la regente reanudó las negociaciones iniciadas en 1522 y 1523 con el envío de Rincón á Hungría y á Bohemia (1) y con la embajada del húngaro Cristóbal Frangipán, quien en vísperas de la batalla de Pavía había recibido de Francisco I el encargo de incitar al bajá de Bosnia á que invadiera los Estados austriacos; además ella ó su hijo se dirigieron directamente á Solimán, el cual escribió á Francisco I una carta prometiéndole su apoyo.

En el mes de mayo de 1525, Francisco I continuaba preso en Pizzighettone; pero ni el emperador ni sus ministros querían dejarlo allí, pues comprendían que bastaría un golpe de mano para libertarle. Esperábase que sería transportado á Nápoles, como pedían Borbón y Pescara, cuando, con gran descontento de éstos, se supo que había sido conducido á España (2). Fué este un golpe preparado y llevado á cabo por Lannoy, que para ello había negociado con Montmorency; y, cosa extraña, las galeras en que hizo Francisco I el viaje, proporcionólas la misma regente. El monarca prisionero esperaba mucho de su permanencia en España y acariciaba todavía la ilusión de llegar á una inteligencia con el emperador, confiando sin duda en la seducción que ejercía sobre todos los que de cerca le trataban.

La noticia del traslado de Francisco I á España causó profunda impresión en Europa, y los italianos creyeron que los dos rivales llegarían á un acuerdo á costa de Italia cuya independencia consideraron comprometi-

(1) Véase L. Bourrilly, *La première ambassade d'Antonio Rincon en Orient, 1522-1523*. «Rev. d'hist. mod. et contemp.» tomo II, 1900.

(2) Paillard, *Documents relatifs aux projets d'évasion de François I et à la situation intérieure de la France en 1525*, «Rev. Histor.», tomo VIII, 1878; G. Salles, *Un traître au XVI siècle, Clément Champion, valet de chambre de François I*, «Rev. des Quest. histor.», tomo XXIII, 1900.

tida. Todos, sin embargo, se equivocaron, empezando por el propio monarca francés, quien fué sometido á duro cautiverio y encerrado en una de las grandes torres de las antiguas fortificaciones de Madrid.

Durante los seis meses que transcurrieron hasta la firma del tratado, Francisco I reveló una vez más las cualidades y los defectos de su carácter: tuvo arranques de heroísmo, como cuando se declaró dispuesto á abdicar y continuar prisionero antes que ceder una provincia francesa, pero fueron pasajeros; y en cambio, demostró poca dignidad llamando reiteradamente al emperador cuya visita esperaba como una merced. El cautiverio agotaba aquel temperamento hecho para la vida activa; en efecto, el rey enfermó gravemente y aun llegó á creerse por un momento que su enfermedad sería mortal. En 18 de septiembre, avisóse á toda prisa á Carlos, que se hallaba en Toledo y que llegó por la noche á Madrid haciéndose acompañar en seguida á la Cámara del rey por Montmorency, el cual, llevando la luz en la mano, le guió por los sombríos corredores de la torre en donde Francisco I estaba encerrado. El emperador hizo á éste promesas que la política no reconoció, y autorizó á Margarita para que acompañara á su hermano á fin de levantarle de su abatimiento.

La opinión en Francia mostrábase vacilante (3). La reina madre y Duprat no gozaban de ninguna simpatía; el pueblo estaba irritado por las prodigalidades y las imprudencias del rey, á quien se echaba en cara que se hubiese entregado por completo á una camarilla, y se tomaba muy poco interés por las cosas de Italia, causa de todos los desastres. A estos descontentos uníanse los males que se padecían, pues los desórdenes de los aventureros y de las gentes de armas aumentaron después de la jornada de Pavía considerablemente, debiendo por esta razón adoptarse en París medidas extraordinarias, tales como patrullas de día y de noche y prohibir á los posaderos que dieran albergue á los vagabundos, bajo pena de horca. La regente no cesó de promulgar severas ordenanzas, pero fueron inútiles; en octubre todavía las gentes de armas saqueaban por todas partes, á pesar de haberse concedido autorización para acosarlos y matarlos como enemigos del reino.

Las mismas corporaciones más importantes no ocultaban su disgusto: Du Bellay dice que algunos miembros del Parlamento invitaron al duque de Vendome á que se apoderara del gobierno: «Creo que lo que les movía era el odio que sentían por el canceller Duprat;» pero Vendome se negó á ello, «con lo que prestó un gran servicio á la corona, porque muchos buscaban usurpaciones y no necesitaban más que un caudillo que les sirviera de encubridor.» El parlamento de Ruán, que había recibido de la regente una carta solicitando su concurso, envió «á buscar inmediatamente al arzobispo de Ruán, al obispo de Lisieux, al cabildo de Ruán, al baile de Ruán y á otros muchos personajes ilustres y notables de dicha ciudad y de dicho ducado,

(3) Le Roux de Lincy, *Procès-verbal des délibérations tenues à l'Hotel de Ville de Paris, pendant la captivité de François I*, «Bibl. de l'Ec. des Chartes», tomo V, 1843. *Registres des délibérations du Bureau de la Ville de Paris*, tomo I, 1883. *Livre de raison de Me. Nicolas, Versoris, avocat au parlement de Paris, 1519-1530*, publicado por G. Fagniez (Soc. de l'Hist. de Paris, tomo XII, 1885). *Chronique parisienne de Driart* (Soc. de l'Hist. de Paris, tomo XXII, 1895).

para determinar qué debía hacerse,» y hasta pensó en constituir algo así como una unión de los parlamentos de Francia. En 17 de marzo, dos consejeros ruaneses fueron á París y se presentaron al Parlamento, al cual manifestaron: «que los de la citada asamblea de Ruán y ciudades de Normandía, teniendo buen conocimiento de que la asamblea de aquí, que ha sido la primera

el mal. Por esto, la Asamblea, después que todos los consejeros hubieron prestado «el juramento de no revelar ni declarar á nadie el contenido de estos artículos,» le envió en 10 de abril á Lyon algunas quejas, que ella recibió muy mal, echando en cara al Parlamento que atentaba contra su autoridad y que introducía la división en el reino. En el mes de julio, el Parlamento



Isabel de Portugal, cuadro del Ticiano, existente en el Museo de Madrid

instituida y es la capital del reino, que entiende y sabe las cosas tales como han sido conducidas y hechas en el tiempo pasado,» se remitían á las decisiones que adoptara y le «ofrecían todo servicio y toda obediencia.»

Estas palabras encerraban mucha gravedad. El parlamento de París hizo saber que había adoptado medidas análogas á las del parlamento de Ruán, pero habló de obediencia al rey, á Madama y á los Hijos de Francia, «obediencia en la cual, y no en otras, quería perseverar la Asamblea.» Sin embargo, sus miembros, por lo mismo que estaban seguros de su lealtad, querían también que la regente tuviera algo en cuenta su opinión y veían, con cólera, que continuaba rodeándose de los favoritos que, según ellos, eran los causantes de todo

pidió á la regente que «enviara á micer Du Prat á la dicha asamblea para conferenciar con él acerca de algunas cosas que en alto grado conciernen al rey;» y en 22 de agosto llegó á ordenar que se encausara al canceller, osadía que no llegó á realizarse. A fines de diciembre, ajustóse con el Parlamento de París una reconciliación poco sincera, bajo la promesa de Madama de respetar los privilegios del mismo.

No estaban en mejores disposiciones muchas provincias y ciudades. Cuando los Estados de Normandía fueron llamados á ratificar el tratado de Moore (1), formularon protestas bastante enérgicas: «En segundo lugar, temen las consecuencias para el porvenir (refi-

(1) Véase la página anterior.